

*pureza*¹, Paraíso del nuevo Adán, *Cielo vivo y animado*², *Flor de los campos*, *Lirio del mundo*; á Vos, que sois la fortaleza de los justos, la esperanza de los pecadores, el dulce refrigerio de las almas; á Vos mi corazón os rinde el homenaje de alabanza y de amor que os debe, mi alma suspira por Vos, y se llena de alegría por vuestra suerte venturosa. Alegraos, ¡oh Niña preciosísima!, siempre pura, siempre llena de candor; alegraos por vuestra gloria, acordaos que habéis sido feliz para los infelices, rica para los pobres, misericordiosa para los pecadores. Salvadnos, ¡oh consuelo de nuestra vida!, por el privilegio de vuestra Concepción sin mancha, cuyo misterio creemos y confesamos, protestando derramar hasta la última gota de nuestra sangre antes que negar un dogma tan precioso. ¡Oh alegría de las almas, auxilio de los cristianos!, aumentad nuestra fe, fortaleced nuestra esperanza, inflamad nuestra caridad: libradnos, de todo mal, y conducidnos á la eterna patria. Amén.

1 Prov., XXV.

2 San Juan Damasceno.

NOVENA

Á MARÍA SANTÍSIMA DE GUADALUPE¹

(Se empieza el 3 ó el 4, para acabarla el 12 de Diciembre.)

- ✠ Señor, abrirás mis labios.
R) Y mi boca anunciará tu alabanza.
✠ Dios mío, entiende en mi ayuda.
R) Apresúrate, Señor, á socorrerme.
✠ Gloria al Padre, etc.

SENTIMIENTOS DE CONTRICIÓN

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno, cuán amante y generoso te has mostrado para con este pueblo sacándolo de las tinieblas de la idolatría y de las sangrientas crueldades de los sacrificios humanos, para hacerle vivir en la plena luz del Evangelio y gozar los beneficios de la dulce Religión que fundasté, y amarse sus hijos como hermanos, en vez de destrozarse como fie-

1 Escrita por el presbítero D. Gabino Chávez.

ras! ¡Bendita sea, Señor, tanta bondad!
¡Alabada sea por todos los siglos tan grande misericordia! Mas ¿cómo te hemos correspondido, Jesús, Señor y Dios nuestro? ¿De qué manera hemos pagado tu amor y tus finezas? ¡Oh ingratitude!, combatida tenazmente tu Religión y vilipendiados tus ministros, escarnecidos los que te aman y sirven, insultado cuanto hay de más sagrado, cedidos á la herejía tus altares y tus templos, ó convertidos en usos indignos y profanos; el pecado paseando por todas partes su triunfante cabeza, y la piedad teniendo que recatarse de la vista de los hombres por no armar contra Ti las lenguas de los impíos y suscitar las burlas de los malos. ¡Perdón, Señor! ¡Perdón para este pueblo, más débil, quizá, que culpable! ¡Perdón para los desgraciados que tan ingratamente te ofenden! ¡Perdón para mí, que no soy lo que debiera, y que con la práctica de las virtudes había de esforzarme en reparar las culpas de mis hermanos! Hoy vengo á prosternarme ante el altar de tu Madre sin mancha, venerándola en esta imagen que encanta mi corazón,

ante esta celestial pintura que recrea mis sentidos y embelesa las potencias de mi alma. Por mi dulce Madre, María de Guadalupe, perdona, Señor, nuestros pecados, recibe nuestro arrepentimiento y colma á tu pueblo de copiosas bendiciones. Amén.

ORACIÓN

Á LA VIRGEN DE GUADALUPE, QUE SE
REPITE LOS NUEVE DÍAS

¿Conque es cierto que allá en un tiempo feliz para nosotros bajabas, ¡oh María!, de tu azulado cielo para posar tus plantas virginales en las pobres rocas de nuestras montañas? ¿Conque es verdad que eligiendo entre todos á un hombre fiel y sencillo, le honrabas con asombrosas confidencias y le recreabas con la vista de aquel semblante que el Dios Niño miraba con delicia, y endulzabas su oído con la suave melodía de aquella voz que regocija á los ángeles del cielo? ¿Conque realmente la Madre de Dios ha tenido la dignación de visitarnos, como en otro tiempo á la

madre del Bautista, y ha elegido y santificado este lugar para que more en él su nombre y estén en él sus ojos y su amante corazón todos los días? ¡Oh amor verdaderamente de Madre, y de la más tierna y solícita de las madres! ¡Oh Virgen de Guadalupe! Yo quiero que mi corazón se derrita de gratitud y de amor ante tu imagen peregrina; yo quiero amar con toda mi alma á una Madre que tanto me ama; quiero pasar largas horas en cariñosa visita con la dulce Señora que mostró por nuestro pobre suelo tan estupenda predilección; quiero decirle que Ella es mi vida, mi dulzura y mi esperanza; quiero alegarle que soy de la raza de aquel neófito feliz á quien beatificó desde esta vida con la visión de su hermosura; quiero derramar amargas lágrimas al pie de ese lienzo prodigioso, por los pecados de este pueblo y por los míos; quiero rogar con todo el fervor de que es capaz mi corazón por esta nación olvidadiza y culpable, ingrata y criminal, que es la mía, suplicándote, ¡oh Madrel, por ella, y pidiéndote que le devuelvas la santa viveza de la fe de

sus mayores, el amor ardiente á la Religión, que es su gloria y su vida, y la más plena confianza en Ti, que eres su Reina, su Madre, su tesoro y su encanto. Oye, pues, mis gemidos, mística tórtola del Tepeyac; vuelve á mí esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de Méjico, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina Misericordia con esas manos que muestras juntas, en ademán de ardiente súplica, para que se derrame abundantemente sobre nosotros; manda á ese querubín, más luciente que los otros por el contacto de tus benditas plantas, que recorriendo con sus alas desplegadas nuestro territorio, reanime por todas partes la luz de la fe divina y el brillo de tu ardiente devoción, y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fuego mi corazón y me dispongan así á tratar en esta hora contigo y tributarte el culto del amor y del agradecimiento. Amén.

Una Salve á la Virgen santísima por las necesidades de la República.

PRIMER DÍA

Un sábado era, dulce Madre mía, al día siguiente de la fiesta de tu Concepción inmaculada: era un sábado, día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama mira lucir con un aumento de afecto hacia su Madre; y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad para asistir al Sacrificio augusto que en honor tuyo se ofrecía. Su frente, refrescada por el viento de la mañana; sus ojos contemplando al cielo sin nublados, su paso apresurado por la devoción y el amor, iba pensando seguramente con delicia en su Reina y su Madre, y quizá recitando esa plegaria, que embalsama, como ninguna, los labios que la exhalan, y cuyo nombre significa corona de rosas, porque las palabras del arcángel cien veces repetidas, son como otras tantas flores olorosas que adornan tu cabeza virginal. Y Tú, la Reina del mundo, la Madre del Criador, clavaste con afecto tus ojos mise-

ricordiosos sobre el sencillo Juan, y descendiste de las alturas á visitarle y á conversar con él y á comunicarle los secretos de tu pecho. Mas llega el neófito feliz al pie del monte, y queda sobrecogido al escuchar una música sonora y deliciosa (de una suavidad que arrebatava), y levanta las miradas á la cima y contempla maravillado los espléndidos colores del iris, que en su centro, de una apacibilidad indecible, dejaba ver una hermosísima Señora, que dirigiéndole una mirada de inefable ternura y desplegando aquellos labios benditos que acariciaban la frente de Jesús Niño, lo llama cariñosa por su nombre y le pregunta benignamente adónde se encamina, como complaciéndose en oír de su boca el obsequio que pensaba tributarle. Y entonces, lo que á Bernardeta, en Lourdes, no se diría tres siglos más tarde sino en distintas veces y después de reiteradas pruebas, al neófito ferviente se le revela de una vez sola y al instante: *Sabe, hijo mío, que soy María Virgen, Madre del verdadero Dios.* ¡Qué amor destila la palabra «hijo mío» dicha por Tí,

Reina del cielo, á aquel hombre sencillo ! ¡Qué espléndida revelación la que en breves palabras contiene tu nombre venerado, y tu virginidad perpetua, y tu maternidad divina! ¡Qué amorosa fineza al explicar que se trata del Dios verdadero, pues que aquel hombre, diez años antes, creía aún en dioses falsos y veía adorar en aquellos sitios un ídolo con el nombre de «Madre de Dios», infamemente usurpado por el demonio! Mas luego expresas, ¡oh inmaculada Virgen!, tu voluntad de que se erija en honra tuya un templo, con la promesa de mostrarte allí Madre cariñosa en todas nuestras necesidades, y envías al favorecido Juan al representante de tu Hijo y de la Iglesia en estas regiones, para significar tus amorosos designios. Dime ahora, amada Madre mía de Guadalupe: ¿qué viste en aquel hombre que así lo engrandeciste, y con él conversaste, y pusiste en él tu compasivo corazón? ¿Qué viste en nuestro suelo sino abominaciones idolátricas apenas extinguidas, y feroces costumbres, y sangre humana derramada en los inmundos altares?

Y, no obstante, allí quieres tener tu casa, no tanto para recibir alabanzas y honores, cuanto para mostrarnos tu cariño; no tanto para tomar posesión de este suelo, cuanto para arraigarte en un pueblo desde entonces honrado, y afirmarte en esta nueva Sión y poner tu descanso en la ciudad santificada; aquí quieres elegir y santificar este lugar para que more aquí tu nombre, y estén abiertos tus ojos y permanezca tu corazón todos los días. ¡Bendita sea tanta bondad, ¡oh Madre mía!; ensalzada sea todos los días tan amorosa fineza! Pero escucha, Señora: tu pueblo ha degenerado grandemente, prevaricando de un modo espantoso; muchos hijos tuyos, olvidados de la Religión de sus padres, vomitan torrentes de impiedad y de blasfemia; sólo anhelan por goces materiales; perdido el sentido cristiano, abandonan la luz de la fe para creer en todos los delirios, y aun, ¡oh dolor!, vuelven á llamar locamente á sus reuniones, y en el seno de tus ciudades, al demonio, arrojado de este suelo en tu venida. ¡Luz, Reina mía, para estos pobres ciegos! ¡Piedad

y compasión para estos locos extraviados! ¡Tus hijos son, Virgen de Guadalupe, aunque ingratos y pecadores! Míralos propicia, desata sus cadenas, ilumina su ceguera, aparta de nosotros los males tremendos que nos amenazan, y solicita en nuestro favor la abundancia de bienes de que tanto necesitamos. Amén.

EL AVE MARIS STELLA

¡ Ave, del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Virgen de Guadalupe,
Puerta del cielo santa!
Ya que el ave del ángel
Escuchas humillada,
Funda en paz á tus hijos
Y el nombre de Eva cambia.
Al reo sus lazos suelta,
Al ciego da luz clara,
Nuestros males ahuyenta,
Todo bien nos alcanza.
Muestra que Tú eres Madre;
Por Ti nuestras plegarias
Reciba el que ser quiso
Fruto de tus entrañas.

Virgen única en todo,
De todas la más mansa,
Suelta el alma de culpas,
Hazla Tú mansa y casta.
Préstanos vida pura
Y vía segura y llana,
Por ver á Jesús, juntas
Y alegres nuestras almas.
Sea alabanza á Dios Padre,
Y á Jesús honra dada,
Y al Espíritu igualmente,
Trinidad una y santa. Amén.

SEGUNDO DÍA

Aquí vengo, Madre mía de Guadalupe, á saborear con amor y gratitud tus benditas palabras: «Sabe, hijo mío, que soy María» me dices, porque á todos te diriges y en todos piensas cuando al sencillo Juan hablabas en el monte. Sí, Madre mía, mi dulce y tierna Madre; yo sé que eres María, la estrella reluciente del mar tan borrascoso de este mundo; que Tú alumbras bienhechora mis caminos, y brillas en medio de las nieblas, y diriges mis pasos en el bien. Yo sé que eres María, ilumina-

da con luces celestiales, ilustrada con los divinos arcanos y alumbrada con la ciencia más alta: iluminadora con tus sublimes virtudes, y con esa vida preciosa, que es general instrucción de los cristianos. Yo sé que eres María, mar inmenso de gracias y excelencias, que recrean al Señor y admiran á los ángeles, y dejan mudo de pasmo al mortal que te mira como hermana; mar amargo de penas y tormentos, que te hicieron la Madre de dolores y la Reina de los mártires. Yo sé que eres María, la Dueña y la Señora; la Dueña del mundo y la Señora de los corazones, á los cuales cautivas con inauditas finezas; la Dueña de los cielos y la tierra; la Señora de los ángeles y de los hombres; la Dueña del Corazón divino de Jesús, quien te ama y te venera como Madre. Elige, pues, ¡oh Reina y Madre mía!, mi corazón por templo y casa tuya; mora en mí como en sitio de tu agrado, y pon en mí tus ojos de paloma para que vean los males de mi alma, y tu piadoso corazón para que se apiade de las necesidades que me afligen; manda á tus ángeles, que gustosos

te sirven y obedecen, para que inspiren un nuevo celo á los ministros de la Iglesia y se apresuren á levantar en las almas el templo de la fe, en muchas arruinado, y el templo de la piedad, comenzado en algunas. Mira cómo los que nos atribulan se multiplican tristemente, y olvidan las promesas del bautismo, y cierran los ojos á la luz del Evangelio y se alimentan con pestilenciales errores. Pero sabe Tú, ¡oh Virgen de Guadalupe!, que aún somos tus hijos; sabe que tu devoción no se ha extinguido en nuestro pecho, y que este pueblo, aunque con empeño pervertido, es todavía uno de los que más te aman y te honran y te veneran sobre la tierra; sabe que somos tuyos, que nuestro corazón guarda un tesoro de amor y gratitud hacia Ti, su Reina y Soberana; sabe que á Ti llamamos con angustia, como el niño, temblando de susto, llama á gritos á la madre que lo ha llevado en sus entrañas. Muestra, pues, que eres Madre de este pueblo, y que tu divino Hijo Jesús reciba, por tus manos, las preces de nuestros labios y el arrepentimiento de nuestros corazones. Amén.

TERCER DÍA

Dos veces quieres aparecer en sábado, Virgen de Guadalupe, como para mostrarnos con cuánto gusto descendes á la tierra á recibir los cultos que las almas amantes te tributan. Ansia sentía tu pecho maternal por oír de boca del sencillo neófito el resultado de su misión dichosa. Le hablas de nuevo por la tarde, escuchas bondadosa la relación de su amor entristecido con las dudas del Prelado, y suruego de ser sustituido por persona de más crédito; y entreabiendo los labios virginales, con un acento que bañaba su espíritu de dulzura le dices que agradeces su cuidado y obediencia; que, aunque muchos tenías á quien mandar, convenía que fuese él, y no otro alguno; y que repitiese otra vez idéntico mensaje, prometiendo premiar su diligencia. ¡Oh y cuanto te interesan nuestras almas, y cuánta prisa tienes de favorecerlas! ¡Oh y cuán benignamente sufres una repulsa que la humana prudencia sugería! ¡Oh y cuánta generosidad muestra tu

pecho al dar las gracias á un hombre tan humilde por tan pequeño servicio, cuando un ángel se tendría por dichoso al ejercerlo! Bendita seas, Señora y Madre mía, que no te cansas de sufrir nuestras repulsas, ni fulminas castigos ó amenazas contra los que rehusan seguir tus insinuaciones, sino que llena de amor para unos hijos tan ingratos, repites con suave insistencia el tierno llamamiento y tocas de nuevo las duras puertas de nuestra alma, y estimulas nuestro celo con la promesa de premios y mercedes. Muy bien sé, Madre mía, que los que te dan á conocer sacando á luz tus gracias y excelencias, obtendrán la vida eterna, y los que den contigo hallarán la misma vida y alcanzarán del Señor su salvación. Llámmanos, pues, de nuevo, ¡oh Reina soberana!; repite tus dulces llamamientos á los oídos de un pueblo culpable é ingrato que, entretenido en vanidades y abrumado por los negocios del siglo, se ha apartado de los caminos de la justicia y ha abandonado al Dios que llenó su juventud de regocijo. ¡Oh Virgen singular para nosotros, pues que á

nación ninguna has honrado en tal manera! ya que te muestras tan mansa, tan apacible y tan amante, haz que, desatados de las culpas que como pesadas cadenas nos oprimen, obtengamos la mansedumbre que nos haga un pueblo de hermanos, y la santa castidad que nos haga aceptos al cielo. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

CUARTO DÍA

Bien sé, querida y dulce Madre, que tienes muchos á quienes mandar; bien sé que hay innumerables almas que volarían presurosas á ejecutar todas tus órdenes, y que se anticiparían, si pudiesen, á realizar tus menores deseos; bien sé que en nuestros tiempos, tan desgraciados y tan tristes, tu dulce amor, como un torrente desprendido de los cielos, inunda la tierra, y dulcemente arrebató los corazones; bien sé que Tú, tú misma, bajando de los cielos, vienes á llorar sobre la tierra los extravíos de una nación culpable, ó á recordarle tu virginal pureza, ó á insinuarle con letras de oro pintadas en el azul

del firmamento, que tu Hijo divino se deja conmover, y que oren con constancia; pero yo nada envidio, pues dijiste que convenía que este pueblo, y no otro alguno, fuese el confidente de tus secretos, el depositario de tus promesas y el heraldo de tus bondades. Viniste al Tepeyac, como á la Saleta, á destruir los pecados del pueblo, y encaminarlo por los rectos senderos; te ostentas como en Lourdes, bajo los signos con que se representa la imagen de tu Concepción inmaculada, vestida del sol, de estrellas adornada, y la luna por escabel de tus plantas; alientas la esperanza prometiendo ser propicia á nuestros males, y en todas nuestras necesidades cariñosa socorrernos; y el Vicario de tu Hijo sobre la tierra, al contemplar tu imagen que embelesa y escuchar la narración de tus finezas, exclama con el real Profeta: «No hizo tal con ninguna otra nación, ni así les ha manifestado sus designios.» ¡Virgen de Guadalupe!, haz que al pie de tu altar se reavive la fe de este tu pueblo, y que á la vista de esta imagen celestial se inflame su amor y crezca su re-

conocimiento!; que sus rodillas, dobladas siempre aquí en tu templo, y sus manos juntas y su frente humillada, te desagracien de la ingratitude de tantas almas, y de la irreligión y la impiedad que á tantas otras sumergen en los abismos de la eterna desdicha. Renueva hoy, más que nunca, tus llamamientos; reitera tus instancias; alientanos con tus promesas y apártanos de los senderos del error y de la corrupción del siglo presente, para que veamos algún día regocijados en el cielo el semblante de la Madre, cuya imagen formaba nuestra delicia aquí en la tierra. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

QUINTO DÍA

Era el día del Señor; y el nuncio humilde, después de asistir al santo Sacrificio, diríjese al Prelado; á quien con lágrimas refiere su mandato; mas acompañado á la vuelta por los criados, desaparecen á los ojos de los que le vigilan, como si no quisieras, Madre mía, testigos inoportunos en aquellos tiernos coloquios que trababas con el hijo

sencillo de nuestras montañas. Él te encuentra en la cumbre, donde solícita le aguardabas, y humillado en tu presencia refiere las preguntas del Obispo y cómo pide una señal cierta que, autorizando al legado, testifique la verdad de sus palabras. Tú le agradeces su obediencia con cariño, y le mandas volver al día siguiente al mismo sitio para dar las señales exigidas. Mas en el día siguiente, un deudo suyo enferma gravemente, y los cuidados y atenciones que exige, y las complicaciones que surgen en las familias en estos casos, impiden al neófito el acudir á obsequiar tus amorosas intenciones. Pero Tú, que como Reina del mundo no podías ignorar lo sucedido, ¿por qué no mandas retroceder á la fiebre, antes que hiera al deudo de Juan Diego? ¿Por qué no haces germinar en ese mismo instante las flores prodigiosas, y las envías desde luego al Prelado vacilante para convencerlo é ilustrarlo? ¿Por qué permites que tu fiel mensajero sea mirado como un impostor por los ministros, y delatado como tal al Superior, y mirada su extraña desaparición como

fraude y engaño? ¡Oh Virgen santísima! Aunque los mortales no debemos tratar de escudriñar los arcanos de la Majestad, temiendo ser oprimidos con el peso de su gloria; pero bien podemos tus hijos estudiar humildemente tus obras, para encendernos en tu amor y llenarnos de agradecimiento. No estorbabas, pues, que Bernardino enferme, como Jesucristo no estorbó que su amigo Lázaro muriese, para que fuese mayor y más palpable el milagro de su resurrección, después de cuatro días de sepultura; no envías luego las flores, porque la hora no había llegado todavía, y era preciso esperar á que el sol con sus primeros rayos pudiese antes bosquejar tus contornos, y que las flores pudiesen colorear después tu linda imagen; era preciso que la persecución sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora; y que el nuncio fuese tratado (como lo fué Jesús tu Hijo) de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito, al mismo tiempo que tu gloria apareciese, y no faltase en esta tu obra el crisol de la tribulación que la hiciese más luciente, y la

prueba de la incredulidad que la dejase más firme.

Mas aquéllos dudaban porque nada habían visto; el Prelado vacilaba por prudencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados con las apariencias; mas ahora que tres y medio siglos han creído y venerado; ahora que tantas generaciones han visto con sus ojos y tocado con sus manos, una raza incrédula se levanta: abandonando al Hijo, no es extraño que olviden á la Madre, y burlen nuestra piedad, y escarnezan nuestra devoción y motejen nuestro celo. Pero lo más triste es que aun los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten, y tus hijos dejen decaer ingratamente el esplendor de tus cultos. ¡Piedad! ¡Piedad para todos, Virgen de Guadalupe! Véngate como madre de tantos pobres extraviados, abriéndoles los ojos para que te conozcan y purificando sus corazones para que te amen. Haz que las burlas de los malos y las blasfemias de los impíos, lejos de amortiguar la fe ó entibiar el celo de tus hijos, nos hagan más fervientes en nuestras oraciones, más asiduos en nuestros

obsequios, más frecuentes en nuestras visitas, para que mientras tantos sacian sus ojos con las mil vanidades que el mundo ofrece cada día á sus amadores, nosotros no nos cansemos de ver y contemplar esta tu imagen embelesadora, que fué siempre el encanto de nuestros padres, y es hoy la más bella y más dulce esperanza de sus hijos. Amén.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

SEXTO DÍA

Al día siguiente caminaba el neófito con diligencia á fin de llevar al enfermo, que se agravaba, los dulces auxilios que la religión para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza, aunque motivada por celestiales intereses, perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente, y desciende por otro sendero menos alto. Mas, ¡oh favor!, ¡oh bondad la tuya, Madre mía!, como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos más escondidos y muchas veces le sale al encuentro, aun

cuando la huye ingratamente, así Tú, con maternal constancia, occurses al encuentro de Juan, no lejos de una fuente, y explicada por él la causa de su tardanza, y contando la enfermedad de su deudo, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo; que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habías mandado. Mas como él pidiese las señas que le acreditasen, le mandas subir á la cumbre del monte, y que, cortando las flores que allí encontrara, las recoja en la tilma que le cubre y las traiga luego á tu presencia. Y como la fe sencilla de nada duda ni vacila, él cree firmemente en la existencia de esas flores, que ni el sitio jamás las producía, ni el invierno allí entonces toleraba. Mas el monte, obediente á la insinuación de su Reina, las produce al punto mismo en abundancia; el invierno las respeta maravillado; y las manos del neófito cogen cuantas quiere y cuantas puede abarcar la tilma en que las lleva; y las rosas estaban *frescas y olorosas y con rocío*; y cogiéndolas tú, Señora, con las manos, y volviéndolas á echar en la